



Esperando la carroza

JUAN ANDRÉS PIÑA

Cuando en 1984 el Teatro de Cámara estrenó *La nena*, del argentino Roberto Cessa, nadie previó la tumultuosa acogida que la obra tendría en Chile. Se había tocado una curiosa tecla del gusto masivo chileno, a través de un género teatral tradicionalmente latinoamericano: el sainete. Mezcla de grotesco y de comedia, el sainete habitualmente ridiculiza las costumbres, los comportamientos, las mentalidades de los miembros de la sociedad, pero en un tono festivo y reidero. Su intención, como la farsa, es provocar una risa reflexiva. Normalmente parte de temas serios, los cuales satiriza, a veces hasta la caricatura. En *La nena* se empalmaba precisamente la reidera abuela devoradora que ponía en aprietos a toda la parentela, con el simbolismo del hambre o la tradición devastadora que toda familia debe soportar. Aquí la unión de dos elementos aparentemente irreconciliables: era lo que el público necesitaba, y de allí su éxito.

Sabedora de la fórmula, la U. Católica montó el sainete *Su lado llaco*, al año siguiente, también con una masiva asistencia de público. Ahora lo hace nuevamente con *Esperando la carroza*, del uruguayo Jacobo Langsner, estrenada originalmente en 1902 en Montevideo. En la obra, cuatro hermanos de clase media han tomado como pesado fardo que soportar a su anciana madre (Yoya Martínez), hostigosa, y con las facultades mentales perturbadas. La mujer vive con uno de sus hijos, Jorge (Sergio Urutia), y su esposa, Susana (Mónica Carrasco), quien está desesperada con la imposible vida cotidiana. Un domingo que pro-

metía ser apacible en la casa de otro hijo, Sergio (Ramón Nuñez), se convierte en una pesadilla: todos los hermanos tratan de que sea el otro quien se haga cargo de Mamá Cora mientras ella ha desaparecido y aparentemente se ha suicidado en la vía ferrea.

La espera de noticias y la reunión de los hermanos, abre el inmenso abanico de las hipocresías, las mentiras, los egosismos y las mutuas acusaciones entre los parientes. Infidelidades, arribismos y zancadillas quedan en evidencia, mostrando algo así como una pequeña corrupción o universo desquiciado. Todos luchan por sí mismos y sus pompasas declaraciones de amor a su madre son, en verdad, retórica vacía. De alguna manera, Langsner intenta dar vuelta el mito napolitano del desbordado cariño a la madre, trasladándolo en intenciones disfrazado y oculto individualismo. Aquí, Mamá Cora es lo que es: un esterbo, alguien marginal del cual se puede prescindir.

Anécdotas, enredos, diálogos y carreras son el entramado argumental de *Esperando la carroza*, en una excepcional duración de casi dos y media horas. El actor maneja bien la rápida sucesión de acontecimientos y, aun leída, la obra resulta eficaz y entretenida. En Chile, el director Raúl Osorio optó por una versión de extrema caricatura, del grotesco casi absoluto, tensando hasta el máximo las posibilidades que el reidero texto ofrecía. De esta forma, el público presencia una obra hecha sobre la base fundamentalmente de chistes visuales o verbales y de contrapuntos tan marcados, que

necesariamente ve en el escenario un gran humorada. Ello, más todavía si se considera el oficio de los actores y la acertada dirección en esta opción elegida.

Y *Esperando la carroza* ha resultado como tenía que ser: un éxito multitudinario de público, que fundamentalmente busca la risa en la caricatura. Pero los árboles no dejan ver el bosque: necesariamente el fondo reflexivo o crítico (una madre rechazada por el egotismo de sus hijos, una red de intereses personales) se diluye, se deshace, y nos quedamos esencialmente con la risa y el chiste teatral. Es decir, se privilegió el aspecto humorístico por sobre la hondura psicológica. Curiosamente, el público chileno maduro y acomodado que asiste a estas funciones, busca en el último período este tipo de espectáculos y aquí, de una manera rigurosamente profesional, se le da en ese gusto.

Dos objeciones o preguntas deberían plantearse necesariamente a partir de este fenómeno que es *Esperando la carroza*. Lo primero es qué habría sucedido con una versión menos farsesca y más realista, donde se mantuviera el afán crítico que habitualmente conlleva el sainete. Lo segundo es si la U. Católica debe asegurarse, como en este caso, un éxito comercial, antes que una propuesta más reflexiva que igualmente puede mantener el humor como vehículo expresivo y el alto nivel actoral de sus intérpretes. Si el sainete es un género teatral legítimo, su montaje debería también atender a su carácter de mayor profundidad que habitualmente le son levas. □

AUTORÍA

Piña, Juan Andrés, 1953-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Esperando la carroza [artículo] Juan Andrés Piña.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile